

rencias, que son las siguientes: El sacrificio de la cruz fué *absoluto*, sin relación á otro; en el altar es sacrificio *relativo*, representando y conmemorando el de la cruz. Sobre la cruz fué necesaria la *inmutación* de la Víctima; en el altar basta la inmutación que precedió en la cruz. (Perrone, *De Eucharist.*, n. 248.)

Sobre la cruz la inmolación fué sangrienta; en el altar sin efusión de sangre.

Sobre la cruz la Víctima murió realmente; en el altar queda como muerta y cual si no tuviera vida.

Sobre la cruz la inmolación se hizo al descubierto y sin velos; en el altar se realiza bajo el velo de las especies de pan y de vino.

Sobre la cruz el cuerpo de Jesucristo fué pasible y mortal; en el altar permanece impasible, inmortal y glorioso.

Sobre la cruz Jesucristo se ofreció para merecer las gracias; en el altar se ofrece para hacer la aplicación de dichas gracias.

17. He aquí, en conjunto, lo que más interesa saber al cristiano sobre la *necesidad* del Sacrificio eucarístico y su *naturaleza* íntima en relación con la sangrienta escena del Gólgota.

Téngase presente que sacrificio, en general, no es más que *la ofrenda hecha á Dios sólo, por un ministro legítimo, de una cosa exterior y sensible que es destruída, ó á lo menos variada, con el objeto de reconocer el soberano dominio de Dios sobre todas las cosas*. No porque el Señor tenga necesidad de nada, sino porque nosotros necesitamos mostrarle nuestra *sumisión y adoración*, nuestro *agradecimiento y dependencia*, y para ello no hay en la religión acto más importante ni más propio que el sacrificio.

El sacrificio de Jesucristo sobre la cruz, y el eucarístico que le reproduce y representa en nuestros altares, y que son un solo sacrificio, es la sustitución de todos los antiguos, é infinitamente superior á ellos, como acontece con la figura y lo figurado. Por eso los numerosos sacrificios de la Ley mosaica han desaparecido con su templo y sus sacerdotes para no volver á existir.

En suma: el Sacrificio eucarístico, ó sea la santa Misa, es un *holocausto*, una *hostia pacífica*, una hostia por el pueblo, una *hostia de expiación*, y por consiguiente es sacrificio *latréutico, eucarístico, propiciatorio é impetratorio*. ¡Oh cuánto interesa á los hombres, en especial á los cristianos, considerar el tesoro inestimable de riquezas que tenemos en el santo sacrificio de la Misa! Darlo á conocer, en cuanto nuestra rudeza alcance, es lo que nos proponemos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIV

Declárase la excelencia de la santa Misa.

1. La vida del Corazón de Jesús fué una solemnísimas Misa — 2. El sacrificio comenzó en Belén y terminó en el Calvario.

SI en todas sus obras se ostenta magnífico el amor del Corazón sacratísimo de Jesús, en ninguna brilla con más refulgencia que en el augusto sacrificio de la Misa. En él Jesucristo es, no sólo Sacerdote y Hostia, sino también Sacrificio, pues, como dijo San Agustín. (Libro IV *De Trinit.*), *todo sacrificio visible es Sacramento, ó sea signo sagrado del Sacrificio invisible*. Es decir, que todo cuanto Jesucristo se manifestó inmolado en el madero ignominioso de la cruz, y en la noche de la Cena, y en el Santísimo Sacramento, es un signo sensible de aquella inefable y misteriosa ofrenda con la cual inmoló perfectamente su espíritu y todo su ser al Eterno Padre en favor nuestro, en el templo grandioso de su corazón. Allí, en lo íntimo de sus entrañas divinas, se ofreció á sí mismo, por nosotros, desde el primer instante de su concepción hasta el último aliento de su vida en el Calvario; y todo cuanto en su peregrinación terrena dijo, obró y padeció, fué un continuo sacrificio en su Corazón deífico, por la gloria del Padre celestial y por nuestra eterna salud. Todo cuanto hizo y padeció fué meritorio para nosotros, y por lo mismo toda su vida divina en este mundo fué como una solemnísimas Misa, en la cual El fué el templo, el altar, el Sacerdote y la Hostia. ¡Este fué y es el Corazón dulcísimo de Jesús! ¡Todo sacrificio en El; todo amor para nosotros; todo adoración y gloria para su Eterno Padre!

2. Bellamente expresó esta misma idea el doctor Moëhler, en su *Simbólica* (Lib. I, § 34). Dice así: «Jesucristo fué inmolado sobre la cruz por nuestras culpas; más como había de resucitar é ir al Padre, hízole su amor quedarse en la Eucaristía y residir en ella, pero de una manera invisible, asegurándonos de su real pre-

sencia únicamente la fe. El Cristo histórico y visible que sufrió en el Calvario, y el Cristo eucarístico de nuestros altares, no son más que un solo Cristo; y por consecuencia, el Cordero de Dios, en el augusto Misterio de la Misa, es la Víctima de propiciación por los pecados del mundo. Y por expresarnos con toda la precisión posible, el sacrificio de la cruz no es más que una parte de un conjunto armónico; pues toda la vida del Salvador, sus acciones, sus padecimientos y su muerte constituyen un solo é inmenso sacrificio, y un solo acto de amor purísimo y de misericordia infinita. Es verdad que este acto se compone de muchos momentos, pero ninguno de ellos separadamente constituye la plenitud de la bondad divina, ni la plenitud de sus amores. La santa Misa es, sin duda, un verdadero Sacrificio; mas no siempre se puede separar de la vida del Salvador, como se ve claramente por el fin de su institución.

Tenemos, pues, que la vida entera de Jesucristo sobre la tierra fué un continuo y verdadero sacrificio, sirviéndole de altar su Corazón divino; y habiendo de morir, como tuviera ansias infinitas de continuar sacrificándose perpetuamente por nosotros, instituyó el *Sacrificio eucarístico*, amor de nuestros amores, para dicha y gloria nuestra (1). Ya hemos considerado la *necesidad* que de El tenemos, y algo de su íntima *naturaleza*, y ahora procede que declaremos su *excelencia*, á la manera que es posible al pobre entendimiento humano. Por dos caminos podemos vislumbrarla, á saber:

- 1.º Por la naturaleza íntima de la Misa.
- 2.º Por los fines de su institución y bienes que en ella se impetran.

§ I

EXCELENCIA DE LA MISA, DEDUCIDA DE SU NATURALEZA ÍNTIMA

3 Origen y significado de la palabra *Misa* —4. Qué nos *envía* Dios en la Misa.—5. Qué le *enviamos* nosotros á El. 6 La palabra *Misa* indica su excelencia. —7. *Excelencia* por razón del oferente.—8. Por razón de la persona á quien se ofrece.—9. Por razón de la víctima ofrecida.—10. Llamamiento al corazón cristiano.

3. Lo primero que se ofrece al entendimiento humano cuando se trata de considerar la excelencia del Misterio eucarístico, es

(1) Las pruebas de que siempre, desde los Apóstoles, se celebró el santo sacrificio de la Misa, pueden verse copiosas en el Catecismo de Deharbe, volumen IV, páginas 291 y siguientes.

su nombre. En los tiempos primitivos del cristianismo le llamaban: *El santo sacrificio*.—*Los santos misterios*.—*La oblación*.—*El servicio divino*; pero hace ya más de catorce siglos que en la Iglesia griega se llama *Liturgia*, y en la Iglesia latina *Misa* ó la *santa Misa*; que por eso, al terminar el Santo Sacrificio, dice el Diácono ó el Sacerdote: *Ite, Missa est*. «Podéis marcharos cuando gustéis, porque la Misa ya ha concluido.

La palabra *Misa* trae su origen del verbo latino *Mittere*, que significa *enviar algo á otro*, y en este sentido ocurre preguntar: ¿Qué es lo que se envía en la santa Misa? ¿Quién lo envía y á quién lo envía?—A esto contesta San Buenaventura (lib. IV, sent. III, dist. I., n. 2), con otros autores ascéticos, diciendo: «Durante el Sacrificio eucarístico hay dos especies de envíos: uno que *hacemos nosotros á Dios*, por Cristo Señor nuestro; otro que *hace Dios á nosotros*, mediante el mismo Jesucristo.

4. *Dios nos envía* á su Hijo Unigénito, enviado celestial y Angel del gran consejo. Le envía al altar para que consagre el pan y el vino, porque Cristo es el Sacerdote invisible que consagra y realiza el Sacramento por el ministerio de los presbíteros.

Dios nos envía auxilios divinos, el perdón de nuestros pecados y la gracia de la reconciliación, con derecho á llamar nuestro el reino de los cielos. En la santa Misa queda Dios instantáneamente aplacado en su justa indignación contra nosotros, por la grandeza de la dádiva ofrecida, pues Jesús sacramentado le ofrece sus méritos y satisfacciones infinitas. Mas ¡oh cristiano! le agrada al Padre el don del Hijo, que todo cuanto tú y todos los hombres del universo le hayáis podido desagradar. Dile, pues, confiadamente, cuando asistas al Santo Sacrificio: «Señor, indigno soy de perdón, porque he pecado más veces que arenas hay en el mar; pero he aquí vuestro Hijo que me habéis enviado, yo os le ofrezco, como mío que es, y estoy seguro que El os agrada en la santa Misa, inmensamente más que yo os he desagradado con mis culpas; mayores son sus méritos que mis crímenes.» ¡Qué consuelo para el alma que así piensa y que así ora! ¿Quién no se anima y regocija al considerar el tesoro que tenemos en la santa Misa?

Dios nos envía, además, en la misma Misa luces abundantes, gracias maravillosas de protección y de fortaleza para satisfacer todas nuestras necesidades espirituales y temporales y para vencer á todos los enemigos de nuestras almas.

Dios nos envía copiosas bendiciones para la Iglesia militante y para la Iglesia purgante, ó sea bienes sin cuento, ya para nosotros

los cristianos, para nuestras familias, amigos y conocidos, y para los pecadores, ya para que podamos aliviar á las ánimas benditas del purgatorio.

5. Esto y mucho más que no es decible *nos envía el Señor* en la santa Misa; y nosotros, cuando la ofrecemos y asistimos á ella devotamente, le tornamos también nuestros envíos, le correspondemos, no sólo según nuestra pobreza, sino según la riqueza infinita que la Misa atesora, porque la Misa es nuestra, es dádiva preciosa que nos hizo nuestro divino Redentor, es el piélagos de amor infinito y de méritos y de satisfacciones incalculables, con el cual podemos decir á Dios: «Señor, mucho os debo, pero mucho más os pago.»

Así, pues, en la Misa, por mediación de nuestro Señor Jesucristo, *enviamos á Dios* nuestras oraciones, nuestros ruegos, nuestras penitencias y nuestros sufrimientos.

Le enviamos nuestro corazón, nuestra alma, nuestra vida, nuestros deseos y aspiraciones, y todo nuestro ser, con todo cuanto á nosotros pertenezca.

Le enviamos nuestras penas, nuestros trabajos, nuestras angustias temporales y espirituales, como oferta de gran valía, y también le ofrecemos las penalidades y sufrimientos de las personas que en este mundo amamos.

Le enviamos las lágrimas y tormentos de las ánimas del purgatorio para que se digne aliviarlas y acelerar su entrada en el cielo.

Le enviamos, sobre todo, los méritos infinitos de Cristo nuestro bien, los de la Santísima Virgen nuestra Madre, los del Ángel de nuestra guarda, y los de los Santos del cielo. ¡Qué envíos, que presentes hacemos en la Misa á Dios nuestro Señor! ¿Es posible que esto se conozca, que esto se descuide, y que durante el santo Sacrificio nos hallemos indevotos, tal vez distraídos voluntariamente?

Con razón se llama *Misa*, tomando su significación del verbo *enviar*, pues ella establece una legación íntima y continua entre los hombres y Dios. «Dios—dijo San Buenaventura—*envía* á su Hijo Unigénito al altar para nosotros, para que constituya nuestras delicias; y la Iglesia fiel *envía* al mismo Cristo á la presencia del Padre celestial, para que interceda por los pecadores y por todos los hombres del universo.» (Lib. IV, sent. III, dist. 1.^a, n. 2.) ¡Bendito sea el Señor, y bendito el augusto Sacrificio de nuestros altares!

6. Sin más que esto que acabamos de apuntar, vese claro

cuán grande sea la *excelencia* de la santa Misa; pero queremos ¡oh cristianos! que saboreéis con vuestro espíritu las dulzuras que encierra el grandioso Sacrificio de nuestros templos, y al efecto vamos á indicaros algo de su íntima naturaleza.

Mientras estamos en esta vida—dijo San Crisóstomo—*la santa Misa transforma la tierra en cielo* (1); y no es de maravillar esta sentencia, porque realmente el Sacrificio eucarístico es *la acción* más santa, *la súplica* más eficaz, *la ceremonia* religiosa más importante y *el tesoro* más rico de la Iglesia. ¡Quítese el Santísimo Sacramento de nuestros altares, y al punto resonará en nuestros oídos aquella sentida queja del divino Salvador: *¿Qué utilidad reportan los hombres de mi sangre derramada? (Quæ utilitas in sanguine meo?)* Quítese la Eucaristía de nuestros templos, y el altar no será ya más que una mesa de piedra, y el templo como una sinagoga judaica ó una casa protestante, buena para todos los usos, donde nada habla al espíritu ni al corazón, donde nada despierta el sentimiento religioso, ni impone respeto, ni excita piedad. ¡Oh, si los hombres comprendiesen lo que deben al santo sacrificio de la Misa!

Pero viniendo ya á la consideración de lo que es en sí dicho Sacrificio, decimos que su grandeza inconmensurable se hace evidente, *ya por la dignidad del que le ofrece, ya por la excelencia de la cosa ofrecida, ya por el estado de víctima en que se ofrece.*

7. *¿Quién ofrece el sacrificio de la Misa?* Ya lo hemos indicado: Jesucristo es el principal oferente, y Jesucristo, nadie lo ignora, es *santo, inocente, sin tacha y no tiene necesidad de expiar por Él.* (Hebr., VII, 27.) Jesucristo es todopoderoso, Hijo de Dios, Dios mismo, que ruega á su Padre y que siempre es oído en cuanto pide (2); Jesucristo es inmortal, y *siempre está vivo para rogar por nosotros* (3). ¿Puede imaginarse mayor excelencia por parte del oferente?

El sacrificio de la Misa es ofrecido á Dios Padre por tres entidades distintas: *Cristo*, Sacerdote Supremo, le ofrece por el ministerio de los Sacerdotes, que le son inferiores; *la Iglesia*, como pueblo, le ofrece por el ministerio de los mismos sacerdotes, que le son superiores. *Los sacerdotes* le ofrecen por sí propios, pero en nombre de la Iglesia y de Cristo. El pueblo cristiano es excelso, el

(1) Dum in hac vita sumus, ut terra nobis coelum sit, facit hoc mysterium. (De Sacerdot., lib. VI.)

(2) Exauditus est pro sua reverentia. (Hebr., V, 7.)

(3) Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

sacerdocio mucho más; Cristo, Señor nuestro, es la excelsitud misma personificada. ¿Quiérese mayor grandeza y acción más soberana?

8. Por la Eucaristía y en la Eucaristía, Jesucristo ofreció, y la Iglesia ofrece, y nosotros los sacerdotes ofrecemos, el propio Cuerpo de Cristo, obra del Espíritu Santo y divinizado por la unión hipostática con la persona divina del Verbo; pero esto, con ser tan magnífico, se acrecienta por razón de la persona á quien se ofrece. No es á un ángel, ni á un santo, ni á la augusta Reina de los santos y de los ángeles, sino á Dios, y únicamente á Dios; porque la idea del sacrificio comprende la adoración más profunda, el homenaje más rendido y la sumisión más absoluta. Por consiguiente, ofrecer la santa Misa es tanto como ponerse el hombre, la Iglesia y el sacerdote en relación directa con la Majestad divina: es tanto como reconocer á Dios por Criador, Autor y Señor de todas las cosas; es tanto como entregarle nuestro corazón, nuestra alma, nuestra vida, hallándonos dispuestos á sacrificarlo todo en obsequio suyo, cuando El se digne pedirnoslo.

9. ¡Qué acción tan grandiosa, tan sublime y trascendental! Compréndese aún mejor considerando la grandeza de la Víctima ofrecida; porque no se trata ya de ofrecer á Dios una criatura de orden inferior, como una paloma, un cordero, un toro..., sino de ofrecerle el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo su amadísimo Hijo, Víctima única digna de Dios; santa, como Dios; eterna é infinita como Dios, y que no puede menos de ser agradable á la Majestad divina.

Para formarse una idea de la dignidad y valor de este divino misterio, imagínese cualquiera que está viendo el cielo abierto y á la Madre de Dios, Reina augustísima de aquellas inefables mansiones, que, rodeada de millones de ángeles, querubines y serafines, y de la cohorte innumerable de todos los Santos, se aproxima al trono excelso de la Trinidad Beatísima, y que comienzan todos á tributar á Dios sin cesar actos de amor encendido, de reverencia suma y de adoración perfecta. ¿Quién podrá expresar con palabras la grandeza de este acto? Pues todo esto es como nada en comparación del santo sacrificio de la Misa ofrecida en nuestros altares por un pobre sacerdote. Más gloria recibe el Señor y más regocijo los ángeles y mayor provecho los hombres con una sola Misa, que con las eternas adoraciones y homenajes de la corte celestial. Es la razón, porque en la Misa se ofrece Dios á Dios; Dios Hijo á Dios Padre, dándole gloria infinita, é infinita adoración con infinito

amor. Y nosotros, cuando celebramos ó asistimos al Santo Sacrificio, ofrecemos al Señor la Víctima más pura, más santa, más noble, más augusta y perfecta; por consiguiente, el sacrificio de la Eucaristía es el más puro, el más santo, el más noble, el más augusta y más perfecto de todos los sacrificios.

10. ¡Oh hombres irreflexivos! Deteneos aquí un momento y considerad la grandeza infinita de la Santa Misa, ya por razón del principal *oferente*, que es Jesucristo, ya por razón de la *Víctima* ofrecida, que es el mismo Jesucristo, ya por razón de la persona á quien se ofrece, que es Dios uno y trino, único á quien puede ofrecerse la excelsa Víctima de nuestros altares.

Es verdad que continuamente en las Misas se hace mención de la Virgen y de los Santos; mas ha de entenderse que son invocados sólo como *intercesores* y no como el objeto principal del Sacrificio. Este se ofrece sólo á Dios en honor de los Santos ó de la Virgen, para honrarlos en sus festividades. «Cuando el sacerdote celebra la Misa—dice el Kempis (lib. IV, cap. V)—no sólo honra á Dios, sino que al mismo tiempo regocija á los ángeles, edifica á la Iglesia, ayuda á los vivos, da reposo á los muertos y participa de todos los bienes.»

Pero sigamos en nuestro propósito y consideremos la grandeza, excelencia y valor del sacrificio eucarístico *por los fines de su institución y por los bienes que en él se impetran.*

§ II

EXCELENCIA DE LA MISA PROBADA POR LOS FINES DE SU INSTITUCIÓN Y CELEBRACIÓN

11.—La Eucaristía, complemento de la Encarnación y de la crucifixión de Jesucristo. —12. Excelencia del sacrificio eucarístico por ser *latréutico*. —13. Por ser *eucarístico*. —14. Por ser expiatorio é impetratorio. —15. Resumen y conclusión.

11. «Todo el dogma cristiano—dijo el P. Raulica (1)—se resume en el gran misterio de la Encarnación, y la Eucaristía es la renovación perpetua, la aplicación personal y, por consiguiente, el complemento de aquel delicioso misterio.» El Hijo de Dios encarnó una vez en el seno purísimo de la Virgen, y el mismo Hijo de Dios se encarna muchas veces en manos del sacerdote; prodigio

(1) Confer. XX, *Armonías de la Eucaristía.*